

encuentro con los intelectuales que sostuvo Fidel Castro en la Biblioteca Nacional. Dicha reunión se efectuó entre los días 16, 23 y 30 de junio de 1961. La política gubernamental con relación a la libertad de expresión de que gozarían los intelectuales se fijó en el casi divino mandamiento de Fidel Castro: «dentro de la Revolución, todo; contra la Revolución, nada». La ambigüedad del enunciado era evidente, y se tradujo con el tiempo en la desarticulación del proyecto Paideia, en los *affaires* de *Paradiso* y *Fuera del Juego* (extendidos, naturalmente a José Lezama Lima (1910-1976), Heberto Padilla (1932) y Virgilio Piñera (1912-1979), respectivamente; en el fin de la revista *Pensamiento Crítico* (clausurada en los inicios mismos del *Quinquenio Gris* y a la que recientemente Raúl Castro acusó de haber desempeñado «un papel diversionista en la década del 60»)¹, la censura del *Programa de Ramón*, y la separación de Alberto Rodríguez Rosca (1963) del programa radial *Hablar de Poesía*. Quizás aquellas históricas palabras tuvieron que ver con el retiro espiritual de Dulce María Loynaz (1902-1997). O con el retiro forzado de Antón Arrufat (1935) en su modesto empleo en la Biblioteca de 100 y 51, en Marianao. O tal vez con la tercera negativa de exhibir públicamente el filme *Alicia en el pueblo de maravillas*, y con el ridículo truco del Partido Comunista de llenar los cines con militantes del partido, a los que se autorizó a faltar al trabajo o a salir antes de tiempo para llenar los cines e impedir la asistencia del pueblo. O tal vez con el cierre de la Escuela de Filosofía de la Universidad de la Habana. O con el éxodo casi masivo y generosamente propiciado de los jóvenes pintores en los 80. O tal vez fueron debidamente asimiladas por quienes apresaron a María Elena Cruz Varela. Acaso las *Palabras a los Intelectuales* derivaron en la UMAP, en la ofensiva revolucionaria del 68 y en la bochornosa represión que acompañó al éxodo del *Mariel*, o a las protestas populares que tuvieron lugar en La Habana en 1994.

Es bajo estos avatares que enfrentan la creación los poetas de los 80. Negándose a aceptar cualquier camisa de fuerza, sea política o estética, insisten en un diálogo con las generaciones anteriores y con la tradición. No es, desde luego, un diálogo que no parta de afinidades electivas. Si bien se mantienen incólumes el respeto y la admiración por los originistas (a quienes han leído y conocen bien), se han producido cambios sustanciales en el modo de asumir su legado. El empeño de Cintio Vitier en hallar vínculos sanguíneos entre *Orígenes* y la Revolución Cubana (que ya

¹ Raúl Castro: Informe del Buró Político, en *La Habana* el 23 de marzo de 1966. (Tomado del periódico *Granma* y reproducido en *Encuentro*, n.º 1, p. 22, verano de 1996, Madrid.)

no es revolución y mucho menos cubana) trajo como consecuencia la relectura de la teleología insular. Resulta curioso constatar cómo la mística católica de *Orígenes*, basada en la resistencia y en la futuridad de las catedrales de la nación, es asimilada por la mística conservadora de la Revolución. Pero seamos justos. Es Cintio Vitier (1921) quien ha hecho esa burda asociación. Cuando la Revolución representó una genuina esperanza (y no caben dudas de que lo fue, si bien desde el principio se manifestaron signos inquietantes que la efervescencia del triunfo hizo pasar inadvertidos), semejante relación hubiese sido natural y justa. Pero en estos momentos es sólo (por triste que sea hay que decirlo) el espaldarazo de Cintio Vitier a la política gubernamental cuyo derecho divino es legitimado así por una lectura arbitraria de la cultura y la historia nacional. De esta manera la escritura origenista sufre la intromisión de la retórica política, lo cual puede apreciarse en el poema *Pequeña Historia de Cuba*, de Eliseo Diego (1920-1994): «porque las mismas manos que la cortan la llevan a la boca». Esto ha movido el interés hacia otros espacios en los que emergen y convergen los textos de Lorenzo García Vega y Ángel Gaztelu (1914), los textos de Jorge Mañach (1898-1961) y de Virgilio Piñera. No se trata ciertamente de hallazgos, puesto que estas obras por una u otra vía fueron conocidas y leídas tempranamente entre nosotros, sino de que ellas han comenzado a leerse con la necesidad imperiosa de hallar otras respuestas. La pasión de lo cubano debe mucho –lo sabemos y no lo negamos– a *Orígenes*, y muy especialmente a Lezama y a Cintio. Y también –y tampoco lo negamos– a la nostalgia de la isla que se fue con Gastón Baquero (1915-1997) y con José Triana (1931), como antes se había ido con Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873), José María Heredia (1803-1839), el padre Félix Varela (1787-1853) y con José Martí (1853-1895). Ello puede explicar el apasionado interés por el siglo XIX y por la República. La conmemoración del centenario de la muerte de Julián del Casal (1893-1993) y el hallazgo que hice de las crónicas *misteriosas* que Casal escribió para *La Caricatura*, nos situaron en un ámbito del siglo XIX muy diferente del que Cintio Vitier y José Lezama Lima nos legaron. Los coloquios improvisados en cualquier calle de la ciudad, en *la azotea* y el que oficialmente tuvo lugar en el café *El Louvre* (sin café, sin divulgación alguna y con la tardía impresión del programa, lo que se tradujo en la exigua reunión de fieles) potenciaron otro modo de apreciar, sufrir, sentir y amar encarnizadamente la ciudad, la tradición, el país, la cultura y la historia.

III

LA INSULARIDAD O «LA MALDITA CIRCUNSTANCIA DEL AGUA POR TODAS PARTES»

Podemos escuchar en la obra de teatro *Perla Marina*, de Abilio Estévez (1954):

Filemón Ustáriz: ¿No es dicha vivir en una isla?

Mercedes la Inconforme: Lo es, a pesar de la amenaza persistente del horizonte.

Ñico el Irreverente: Nunca se sabe si hay algo más allá.

José María el Místico: Nunca sabes si es cierto eso que llaman «tierra firme».

Tato el Alegre: El mar y el cielo forman una pared.

La Reina: «La Isla arde en virtud de la sangre».

Los poetas de los 80 comparten la misma obsesión, el mismo vértigo: el de la insularidad. En *Lo cubano en la poesía*, Cintio Vitier expulsa del sagrado firmamento de lo cubano a Virgilio Piñera. Como inquisidor, Vitier condena la sangre impura que no ha autenticado debidamente su cubanidad: «Nuestra sangre, nuestra sensibilidad, nuestra historia, como hemos vistos en este Curso, nos impulsan por caminos muy distintos. Considero que este testimonio de la isla está falseado»².

Se refiere naturalmente a *La Isla en peso*, texto que –a su juicio– «va a convertir a Cuba, tan intensa y profundamente individualizada en sus misterios esenciales por generaciones de poetas, en una caótica, telúrica y atroz Antilla cualquiera, para festín de existencialistas»³. Lo que no podía siquiera imaginar Cintio Vitier era que sería la generación de los 80 la que vendría a reivindicar aquello que nunca necesitó serlo: la desgarrada y esencial cubanidad de Virgilio Piñera. Hoy se hace más sofocante que nunca «la maldita circunstancia del agua por todas partes», asociada a una sensación de naufragio y caos que no son ciertamente nuevos entre nosotros, y cuyos orígenes pueden ser percibidos en la locura y el desasosiego de Zequeira (1764-1846), en la tragedia de Zenea (1832-1871), en la imposibilidad de escapar de Casal –uno de los cubanos más auténticos–, y en las aguas cre-

² Cintio Vitier: «Ventura de Gaztelu. El reverso vacío. La visión poética de Baquero», p. 481, en *Lo cubano en la poesía*. Editorial Letras Cubanas, Instituto del libro, La Habana, 1970.

³ Cintio Vitier: ob. cit. p. 480.

cidas que asoman a Martí desde que desembarca en Playitas hasta las últimas anotaciones en su diario para dar cuenta de que está «muy turbia el agua crecida del Contramaestre, (...)»⁴.

Cada uno de nosotros siente la compulsión de reescribir la isla para no perderla en la crecida de los escombros y las ruinas. Recordar –cuando no hay memoria– significa fabular. Y la isla se convierte en fábula, en sustituto del exilio, en inxilio. El terror metafísico a la amenaza del agua se traduce en el terror (también metafísico) a la amnesia y al olvido:

Cercados por las aguas usamos trucos
infantiles contra la desmemoria
elementales carnadas por lo común
inútiles cuando está a punto de ser
barrido por las aguas
quien siempre estuvo a merced de las aguas.

Teresa Melo (1961)

Esta misma angustia moviliza la escritura de Omar Pérez (1964) que se sitúa más al centro del rencor piñeriano:

En las volátiles noches de invierno
que la naturaleza convalida con magnanimidad
el cubano se entrena para la diversión o para la
amnesia.

Pero va a ser Damaris Calderón (1967) quien escriba uno de los textos más corrosivos. Trasmutada en isla culpable, y reescribiendo audazmente a Whitman, nos hace decir a todos:

Me celebro, me canto y me detesto como a nadie
a mí mismo.

Norge Espinosa (1971) proclama su derecho a *Dejar la Isla*. Todo nos impele al «islidío», de modo que una generación de poetas comparte la culpa con Carlos Alfonso (1963):

⁴ José Martí: De Cabo Haitiano a Dos Ríos, en *Obras Completas. Tomo I*, p. 289, *Lex.*, La Habana, 1946.